LA PESETA DEL HERMANO MAYOR

(CUENTO)

I

EL hermano mayor va triste. Y no le atrae, como otras veces, el bullicio de la calle. Lleva unos días saliendo solo, sin el hermano menor.

No hace mucho, el hermano mayor y el hermano menor se pararon ante un escaparate. Y fué el hermano menor el que dijo:

—¡Cuánto me gustaría que eso fuera mío!

Y eso valía una peseta.

El hermano mayor va recordándolo, y por eso va triste. Una peseta, señor, es mucho dinero. Algún día la tendrá, claro; pero es hoy, ahora mismo, cuando la necesita.

El hermano menor está malo. Se le metió dentro un aire frío y tuvo que acostarse. Y por las noches, revolviéndose, suda mucho, y, entre sus quejas, suele repetir:

—¡Cuánto me gustaría que eso fuera mío!

Sí: por eso el hermano mayor va triste.

La parroquia no está cerca. Saliendo de las chabolas, hay que subir por el Callejón del Sordo, y luego, vía adelante, llegar hasta la última parada del tranvía.

Puede que hoy el hermano mayor tenga más suerte. De uno de sus bolsillos saca un pequeño paquetito de papel y lo desenvuelve. Y reaparecen ante sus ojos las seis monedas. Los sesenta céntimos que logró reunir gritando durante cuatro días:

—¡Eche usted, padrino! ¡No se lo gaste en vino!

Y qué poco, qué poquito le faltó ayer para apoderarse de una peseta: rubia, reluciente. ¡Y qué redondita, señor!

Pero los bautizos hoy llaman a mucha gente, y así no hay modo de reunir lo que uno necesita. Además, los padrinos, que son los que lo tienen todo, pecan de tacaños. Como si sólo ellos tuvieran derecho a beberse el vino.

El hermano mayor ha echado a correr. De la parroquia, en este momento, sale un bautizo. Y ya los primeros gritos de "¡Eche usted, padrino!" se oyen, alborotadores, y espolean la prisa del hermano mayor.

Una nube de polvo se levanta alrededor de las monedas, que van cayendo. Y entre la algarabía, surgen, perfilándose dramáticamente, algunos

gritos de dolor. Muy pocas son las caras que, repentinas, expresan una alegría fugaz. Y entre ellas, con un hilillo de sangre brotándole de la nariz, destaca la del hermano mayor:

"¡Dos reales, señor! ¡Una monedita de dos reales! ¡Y qué blanca! ¡Y qué bonito el escudo que figura en ella! ¿Por qué estará ahí? Debe de ser un escudo importante."

El hermano mayor, sacándose la faldilla de la camisa, se limpia con ella la sangre: sus dos reales de sangre. Estando en esto, se le acerca uno del montón, y le dice:

—¡Parte quiero! ¡Yo vi antes que tú la moneda! ¿A que tiene un escudo!

—¡La moneda es mía! ¡Yo la cogí!

—¡Me la quitaste!

—¡Déjame en paz! ¡Te digo que es mía!

—¡Ladrón!

—¡Repite eso!—reta, furioso, el hermano mayor.

Entonces el del montón, echándose a llorar, suplica:

—¡Te lo ruego, amigo: dame parte! ¡Tengo a mi padre, y a mi madre, y a tres hermanitos pequeños, y todos, amigos, todos están...!

—Toma: tu parte.

Y el hermano mayor le alarga al que le acaba de llamar amigo diez céntimos.

II

—¡Por favor, señor! ¡Quiero comprar eso que tiene usted ahí! ¡En el escaparate!—exclama el hermano mayor irrumpiendo en la tienda.

—Y ¿qué es eso?—le pregunta el dueño.

—¡Mire! ¡Eso! ¡Eso que hay ahí!

El dueño de la tienda se acerca al escaparate y saca lo que le piden.

—¿Quieres que te lo envuelva?—pregunta.

—¡No! ¡No, señor! Es para mi hermanito, ¿sabe? ¡Está malo! ¡Y esto le causará alegría! ¡Y hasta puede que por esto se ponga bien! ¡Tenga! ¡Y muchas gracias!

Y el hermano mayor le entrega al dueño de la tienda la monedita de dos reales y las cinco de diez céntimos. Y cuando se dispone a salir, el dueño le dice:

—Me has dado sólo una peseta.

—¡Lo que vale, señor!

—No, te equivocas. Su precio es una setenta y cinco.

—¡Mentira, señor! ¡Es una peseta!

—¡No me discutas! Ya sabes su precio. Si quieres, lo compras, y si no, déjalo. ¡Trae!—y el dueño de la tienda intenta quitarle eso.

Pero el hermano mayor, defendiéndolo, exclama:

—¡Se lo juro, señor! ¡Hace unos días mi hermanito y yo vimos que valía una peseta! ¡Una peseta, señor!

—¡Hace unos días! ¡Naturalmente que hace unos días eso valía lo que dices! Pero, hijito, las cosas suben y... ¡Bah! ¡Cómo te voy a explicar yo a ti lo que pasa en el país! Anda, dame eso.

El hermano mayor intenta un último esfuerzo:

—Señor, ¿se ha fijado usted en la monedita de dos reales?

—No, ¿por qué me lo dices?

—¡Tiene un escudo!

—¡Ah!, ¿sí?

—Eso hace que valga más, ¿no?

—¡Trae eso!—vocifera el dueño de la tienda arrancándoselo de las manos al hermano mayor—. ¡Y vete! ¡Márchate de aquí si no quieres que te eche de una patada! ¡Mocoso! ¡Tomarme a mí el pelo!...

Tembloroso y con unas tristes lágrimas saliéndole de los ojos, va de nuevo por la calle el hermano mayor. Una de sus manos le duele de tanto apretarla contra la monedita de dos reales y las cinco de diez céntimos. Y como si se solidarizase con esta dureza, su mirada, liberándose de las lágrimas, cobra de pronto un aspecto hiriente, decidido. Y sus pasos, que eran vacilantes, se vuelven enérgicos y toman una dirección.

Al poco rato se ve ante la parroquia. Ya no hay nadie. Los del montón se han ido y han dejado solo el lugar. Entonces el hermano mayor, abriendo su mano, arroja, despectivo, la monedita de dos reales y las cinco de diez céntimos sobre el polvo.

Y no hay quien grite: "¡Eche usted, padrino! ¡No se lo gaste en vino!"

Y no hay quien recoja el escudo, que ha quedado panza arriba.

Porque la única señal de vida es el ruido que van haciendo los pasos del hermano mayor al alejarse.

LAURO OLMO